





ALEJANDRO MAGNET



**EL PADRE HURTADO**  
**UNA BIOGRAFÍA**

## EL PADRE HURTADO

### Una biografía

© Alejandro Magnet

Ediciones Universidad Alberto Hurtado  
Alameda 1869 · Santiago de Chile  
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726  
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile  
Enero de 2018

Primera edición año 1954

ISBN libro impreso: 978-956-357-130-1

ISBN libro digital: 978-956-357-131-8

Impreso por C y C impresores

#### *Dirección editorial*

Alejandra Stevenson Valdés

#### *Editora ejecutiva*

Beatriz García-Huidobro

#### *Diseño de la colección y portada*

Francisca Toral R.

#### *Diagramación interior*

Alejandra Norambuena

Imagen de portada: Fotografía del padre Hurtado



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ALEJANDRO MAGNET



EL PADRE HURTADO  
UNA BIOGRAFÍA



**EDICIONES**  
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO



## ÍNDICE GENERAL

NO HAY QUE DESOÍR LA VOZ .....	9
<b>CAPÍTULO I</b>	
HURTADOS Y CRUCHAGAS.....	15
<b>CAPÍTULO II</b>	
LA BOMBA DE TIEMPO .....	29
<b>CAPÍTULO III</b>	
MIENTRAS LLEGUE LA HORA .....	63
<b>CAPÍTULO IV</b>	
AL SON DEL “CIELITO LINDO” .....	85
<b>CAPÍTULO V</b>	
COMO BASTÓN DE HOMBRE VIEJO .....	107
<b>CAPÍTULO VI</b>	
<i>INTERMEZZO</i> POLÍTICO, QUIZÁ UN PRELUDIO, TAL VEZ UN <i>LEITMOTIV</i> .....	137
<b>CAPÍTULO VI</b>	
EN LOVAINA, FUERA DE LA PROVINCIA .....	151
<b>CAPÍTULO VIII</b>	
¿ES CHILE UN PAÍS CATÓLICO? .....	167
<b>CAPÍTULO IX</b>	
LOS CAMINOS DEL SEÑOR .....	219

<b>CAPÍTULO X</b>	
EL POBRE ES CRISTO .....	267
<b>CAPÍTULO XI</b>	
TAL COMO EN SÍ MISMO, AL FIN, LA ETERNIDAD LO CAMBIA .....	343



Una biografía no es una novela. No porque el autor no pueda penetrar el secreto último de su o sus personajes o instalarse en su alma. También son muchos los seres de ficción que se les han escapado a sus autores, se les han hecho impenetrables y caminar por el mundo más reales, en cierto modo, que los nacidos de la carne y de la sangre. Tampoco puede muchas veces el novelista dirigir a voluntad el destino de sus creaturas; precisamente cuando logra engendrar una de verdad en su fantasía, nace ella con su ley vital propia, con su lógica y su ilógica internas. El novelista y el biógrafo, pues, se encuentran con ciertas limitaciones de naturaleza semejante, aunque de grado distinto. La diferencia está también en que el novelista es libérrimo para establecer las circunstancias o accidentes en que se desenvuelve la vida de sus héroes y solo debe, en fin, sujetarse a la ley de su propia creación. El biógrafo debe atenerse en forma estricta a una verdad objetiva. Podrá aducirse, ciertamente, que en la aprehensión e interpretación de esta verdad juega una ecuación personal que introduce un elemento subjetivo. Esto es algo que, por desgracia, parece inherente a la limitada naturaleza humana y es un problema general del conocimiento. ¿Cómo sé yo que el azul del cielo —que no es cielo ni es azul— que ve mi vecino es el mismo que yo veo?

Así, ese género tan seductor de la biografía novelada es profundamente peligroso. Como en los matrimonios de los primos se aumenta el peligro de que el fruto de la unión se acumulen las taras familiares.

En un libro como este hubiera sido torpe audacia asumir ese riesgo, y audacia tanto más torpe cuanto más innecesaria. La llamada biografía novelada tiende, por una parte, a modelar o remodelar el carácter de un personaje histórico conforme a una personal interpretación del autor basada en tales o cuales antecedentes objetivos y, por otra, a dar al biógrafo una mayor libertad en la reconstrucción del ambiente o las circunstancias en que se movía su héroe, para colocarlo, incluso, en circunstancias que verosíblemente se le presentaron o pudieron presentársele y que permiten destacar mejor ciertos rasgos de su personalidad. Algo semejante, en suma, a lo que implican las famosas anécdotas de Plutarco. No son auténticas, posiblemente, y así, en cierto sentido son falsas, pero constituyen la expresión de una verdad más honda: son significativas.

Pero cuando se trata de narrar la vida de un hombre que nació hace más que cincuenta y tres años y diez meses y murió hace más de dos meses<sup>1</sup>, hay que preferir inevitablemente la estricta autenticidad a la significación artística. Por lo demás, aquella tiene también un claro significado. Esta limitación era sobre todo necesaria en un libro como el presente, en el que se han tenido que recordar hechos y tocar problemas que tuvieron la virtud —sí, la virtud— de provocar divisiones profundas y apasionadas controversias. Todo eso está aún muy reciente, demasiado reciente, y escribir sobre ello no es propiamente hacer historia; es solo prepararla. Nada de lo que se refiere al personaje central de esta obra puede considerarse “histórico” si se considera imposible escribir la historia de sucesos no separados de nosotros por un espacio de tiempo que permita una amplia perspectiva.

El tiempo en todo esto es muy importante. No solo permite apreciar mejor las cosas en su tamaño proporcional y por sus consecuencias, sino que libera de la atmósfera de la época. Es cierto que el historiador debe siempre juzgar los acontecimientos en función

---

<sup>1</sup> El padre Hurtado murió el 18 de agosto de 1952, a los 51 años.

del que fue el tiempo o, más bien, el clima histórico de ellos, pero este juicio tiene valor o interés solo cuando se le aprecia desde la estratósfera, es decir, fuera de la atmósfera de la época. Aun cuando el historiador adopte el punto de vista del pasado está escribiendo en su presente y para gente que vive en ese presente. Toda la seducción y el valor aleccionador de la historia derivan de esa distancia.

Sin ella, ¿qué es lo que resulta?

Desde luego, una serie de limitaciones para el autor. El pobre autor no solo tiene la mole de los hechos ante las narices —lo que le impide apreciar sus reales proporciones y hasta su exacto tamaño— sino que ignora cuáles serán sus consecuencias y nada sabe, por tanto, del juicio pragmático de la historia. A lo sumo puede aventurar suposiciones o —esto sí puede ser importante— dar un testimonio que algún día considerará quizá el historiador desde su estratósfera. A estas limitaciones hay que añadir las que se derivan del hecho que el autor y los personajes respiran la misma atmósfera, lo que equivale a decir que pueden encontrarse al doblar una esquina y no solo de la manera en que los seis de Pirandello buscaban al suyo. No el temor pero sí la caridad y el respeto al prójimo, el buen gusto inclusive, deben inhibir de citar nombres, de aducir hechos, de calificar actuaciones de personas que están vivas, que tienen una honra y a muchas de las cuales el autor les debe y les guarda especial consideración. Más aún después de lo que en la preparación de esta obra ha averiguado y aprendido: que tienen sobre sus hombros una pesada e intransferible responsabilidad.

Todo esto hace, lógicamente, que en la segunda mitad de este libro se advierta quizá cierta vaguedad genérica, que se ha tratado de evitar en la primera, que se refiere a hechos y personas más alejados en el tiempo. Al autor no se le oculta el carácter polémico de algunas afirmaciones contenidas en esta obra ni el hecho de que provocará alguna sorpresa quizá la importancia que atribuye a las apasionadas luchas y divisiones políticas de los católicos chilenos en la vida del padre Hurtado. Semejante sorpresa es muy explicable porque él fue el primer sorprendido con la comprobación de ello. Sería injusto atribuir a un menguado prejuicio partidista la

afirmación de una realidad que, por lo demás, aparece de ordinario comprobada documentalmente.

Pero, en fin, estas son también las limitaciones que la falta de la ya mencionada distancia le impone al lector. Aunque el autor se haya esforzado en presentar a las personas como fallecidas y a los acontecimientos contemporáneos como ocurridos hace cien años, el lector tal vez no pueda ni quiera seguirlo en ese intento. Él se ha puesto a leer el libro precisamente porque se refiere a una persona y hechos que le tocan muy de cerca y sobre los cuales ya tiene quizá un juicio formado, un juicio que, por lo demás, en la mayoría de los casos, este libro no cambiará.

Mas, todo esto tiene poca o ninguna importancia frente a la posibilidad de dar a conocer, siquiera sea imperfectamente, a quienes no tienen un juicio ya formado, es decir, un prejuicio, a uno de los hombres más notables surgidos en Chile, por lo menos en el curso de este siglo. Por todo lo ya apuntado y por las limitaciones propias del que lo ha escrito, este libro es solo provisorio. Tiempo vendrá en que con más capacidad, mayor perspectiva histórica y más completo acopio de informaciones y documentos, un más lúcido ingenio escriba la biografía completa y definitiva del padre Hurtado, la historia de su pasión, de su tiempo y sus ideas.

¿Por qué, entonces, este apuro en emprender un libro que tantas limitaciones aconsejaba dejar en manos más hábiles y para tiempos más propicios? La respuesta se encuentra en el mismo carácter de la obra del padre Hurtado y en el espíritu que la inspiraba.

Horas apenas después de su fallecimiento, alguien que fuera uno de sus más grandes amigos, quizá el más fiel y el que mejor lo comprendía, decía en una emocionada oración fúnebre:

Hay que decir en palabras lo que murmuran las lágrimas. Hay que concretar en reglas de vida lo que proclaman sus obras.

Si calláramos, *lapides clamabunt*, las piedras clamarían.

Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria.

Y sin embargo, ¡cuán difícil, por decir imposible, es encerrar en el estrecho marco de estas palabras la múltiple y rica personalidad del padre Alberto Hurtado!

¿Cómo vamos siquiera a enumerar sus variadas obras, capaz cada una de ellas de llenar la vida de un hombre? ¿Y cómo vamos, pálidamente, a esbozar la hondura de su pensar, la amplitud de su querer, la lucha de su perseverar y el heroísmo de su sufrir? Y, sobre todo, ¿quién podrá transmitir a las mezquinas palabras humanas el fuego devorador que alumbró y consumió su vida?

El padre Hurtado tenía ciertamente todas las características que esos hombres que Dios suscita para ser en cada época los enviados que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias e inquietudes de su generación.

Y esa generación y la nuestra pertenecen a “una época que clama por la justicia. Después de larga opresión los hombres no piensan satisfacerse con nada menos que con la justicia y aspiran a obtenerla aun cuando en la tentativa hubiera de saltar en pedazos el edificio social”, decía el propio padre Hurtado. ¿Habría de desoír la Iglesia la voz de los tiempos? ¿Habría de seguirse predicando la resignación a hombres que habían perdido la esperanza y la virtud, a estómagos vacíos?

No hay propiamente un cristianismo social. El cristianismo es social o, simplemente, no es. No hay una conciencia para la vida privada y otra para la vida pública. El patrón que va a misa y el que paga su salario al obrero son una sola persona. La fe cristiana debe gobernar absolutamente todos los actos del individuo y la Iglesia Católica no puede aceptar una estructura social que impida a los hombres la perfección a que están todos llamados. Esto significa que los valores cristianos deben encarnarse en el tiempo; el Reino cuyo advenimiento se pide comienza en este mundo, aquí y ahora.

Estas verdades tan sencillas son explosivas, obligan a una dura lucha, llevan al cristianismo y especialmente al sacerdote a comprometerse, “a dar testimonio de la verdad cristiana en el terreno social con no menor valentía que en otro terreno en que está

interesada la revelación sobrenatural. El sacerdote puede como Judas traicionar la causa de Cristo, y lo haría cada vez que no defendiera a Jesús en el terreno en que es atacado. No debe haber razón ninguna, ni el temor de amedrentar a quienes quizá debe muchos servicios, ni la timidez frente al poder, ni el peligro de ser mal interpretado que lo autorice a callar”.

Consecuente con sus propias palabras, con su misión sacerdotal, con la fe que vivía intensamente, el padre Hurtado no se sintió nunca autorizado a callar, y habló de muchas maneras. Ese testimonio debe ser recordado no solo por su incidencia directa en las circunstancias de esta generación sino porque hay quizá el peligro de que, una vez más, la leyenda venza a la historia. El sentido fundamental que el padre Hurtado dio a su vida y a su ardiente apostolado quedaría, si no estéril, disminuido y desfigurado, al aprisionársele en la leyenda de un sacerdote abnegado y caritativo, cuya obra fue recoger a los niños vagos para darles un hogar. Ese fue un solo aspecto, y no el más importante de la misión del padre Hurtado. Adormecerse en esa visión conmovedora y tranquilizadora de la caridad con los desvalidos sería “silenciar su lección, desconocer el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria”. Tales visitas no ocurren todos los días y una sombría amenaza pesa sobre la historia de los pueblos que han tenido el privilegio de recibirlas.

No hay que desoír la voz, ni poner bajo el celemín<sup>2</sup> la luz encendida para que brille en lo alto.

---

<sup>2</sup> Medida antigua de superficie que en Castilla equivalía a 537 m<sup>2</sup> aproximadamente, y era el espacio de terreno que se consideraba necesario para sembrar un celemín de trigo (RAE).